XLIII Jornadas de Espiritualidad de la Familia Salesiana

16 – 19 de enero de 2025

CONFERENCIAS

FAMIGLIA SALESIANA

WWW.FAMIGLIASALESIANA.ORG

“LA ESPERANZA NO DEFRAUDA”. UNA LECTURA ANTROPOLÓGICA Y EXISTENCIAL

Dott.ssa Cristiana Freni,
Universidad Pontificia Salesiana

1. Prólogo

El Jubileo que el Papa Francisco inauguró el pasado 24 de diciembre con la apertura de la Puerta Santa, pone en el centro de la reflexión existencial y espiritual uno de los temas más arraigados y urgentes de la realidad humana, como es el de la esperanza.

Una palabra de la que a menudo se usa, incluso se abusa, por la frecuencia con que se pronuncia y se repite, y que precisamente por eso, en nuestro tiempo de suave desesperación planetaria, reclama seriamente un replanteamiento y una colocación de sentido para ser redescubierta y saboreada.

El tema de la esperanza ha estado presente en el horizonte de la cultura y la sabiduría humanas desde la antigüedad. En la tradición de la antigüedad, de hecho, se sabía que la esperanza era la última diosa, según el dicho proverbial latino: «*Speranza ultima dea est*». Esta afirmación era el resultado de una apertura incauta, según el mito del jarrón en el que Zeus había colocado tantas cosas terribles para la humanidad, como males, flagelos, guerras, y Pandora lo había abierto imprudentemente, justo a tiempo de cerrarlo para impedir que saliera el último regalo, este sí positivo, después de tanto mal, que era la esperanza.

Esto da lugar a una reflexión interesante: comprender por qué la esperanza, ya en el mito antiguo, permanece vigilante, permanece dispuesta a intervenir y a entrar en la historia para curar la desesperación de la vida, para ofrecer una cura a los males que sólo la esperanza, encerrada en la tinaja y vigilada, podría aún curar.

Entonces la esperanza, ya en la tradición pagana, aparece como necesaria, porque todavía está a tiempo de intervenir para curar las heridas de la humanidad, allí donde el mal parece haber logrado su victoria.

Más que nunca en las sucesivas épocas de la historia humana, los diversos enfoques que han abordado la esperanza desde diferentes perspectivas han reactualizado y relanzado su necesidad, su urgencia, ya que cada época ha estado marcada por el sentido del límite, por la contingencia, por el desafío mismo de la desesperación[1].

El término esperanza tiene orígenes etimológicos muy antiguos, que se remontan al sánscrito. El significado de esta raíz se refiere al movimiento del ser que va más allá del límite que marca la existencia del hombre, que va más allá de su contingencia. Esperar, en definitiva, significa volverse hacia algo que nos trasciende, que nos supera, que está más allá de nosotros mismos.

La esperanza aparece como una dimensión fundacional y fundamental al mismo tiempo, que ha asumido distintas facetas a lo largo de los siglos, enriqueciéndose de significados y connotaciones según las épocas culturales y los contextos históricos. Por lo que respecta a la antropología, la esperanza puede considerarse ante todo como una de las dimensiones del ser que estructuran a la persona humana. Por tanto, esto nos permite y nos obliga, al mismo tiempo, a no poder considerarla sólo como una virtud referida al ámbito de la ética y la teología, como suele interpretarse.

En efecto, el ser humano se caracteriza por la capacidad de esperar, del mismo modo que es capaz de hablar, de conocer, de elegir. La esperanza se manifiesta como una actitud constitutiva vuelta hacia el futuro, una búsqueda de sentido direccional y de significado en la vida; como un motor de cambio y de acción. Así pues, es evidente que la esperanza tiene que ver ante todo con el ser, no con el tener. De hecho, Sabino Palumbieri - uno de los mayores antropólogos salesianos de las últimas décadas, agudo y profundo estudioso de la dimensión de la esperanza - precisa que sin esperanza el ser humano perdería el sentido de su camino existencial, porque si se viera privado de ella, se derrumbaría la finalidad del camino de la vida. La esperanza, en efecto, nos muestra un camino que conduce a casa, que llega a un destino y a un lugar de aterrizaje. Sin esperanza no poseemos certeza de sentido direccional, que al mismo tiempo coincide también con el significado del viaje de la vida humana. De hecho, el sentido tiene el doble valor semántico de dirección y significado.

[1] Cfr. S. PALUMBIERI, L'uomo meraviglia e paradosso. Trattato sulla costituzione, con-centrazione e condizione antropologica, Urbaniana University Press, Città del Vaticano 2006, 36 sgg.

Parece evidente, pues, que la esperanza debe ser ante todo vivida y experimentada profundamente como un hecho de nuestra conciencia y humanidad, ya que la vida se basa en la certeza de que nuestra historia personal, y la historia humana en general, no será en vano, no estará destinada a la desesperación y a nuestra aniquilación. La esperanza nos sostiene y nos acompaña hacia la plenitud, a pesar de los males, las derrotas, las múltiples batallas de la vida cotidiana. Esta superación constante hacia el más allá de nosotros mismos, que nos permite relanzarnos, anhelar, ir más allá de los desafíos de los límites de la existencia, es el núcleo profundo de lo que llamamos esperanza[2].

2. La esperanza. Un dato y una tarea

Así, la esperanza puede identificarse como una parte inseparable de nuestra estructura humana que nos impulsa a superar la adversidad, a perseguir metas y a encontrar respuestas fundamentadas a los interminables desafíos de la vida, destacándose como un factor esencial en todos los ámbitos y vocaciones. Gracias a la esperanza, las múltiples posibilidades del *homo viator* de construirse a sí mismo en la inversión de un proyecto, en el resurgir en medio de múltiples dificultades, cobran sentido y dirección. El nuestro es un mundo que amenaza continuamente la esperanza; un mundo que, o bien se rinde a una cierta desesperación blanda e inexorable, o bien cede a un optimismo fácil y barato, tan rápido de cultivar como de apagar cuando, por ejemplo, una emergencia no hace fructificar las expectativas. Sin embargo, la esperanza, al formar parte de la condición existencial humana, como afirma Palumbieri, está radicalmente ligada a la experiencia de la fragilidad de la condición existencial que cada persona lleva consigo.

¿Qué significa esperar? ¿Y cómo esperar? ¿Y en quién esperar?

La esperanza, pues, no es un aspecto accidental de la persona, sino que forma parte de su propia sustancia. Rige y orienta el camino del ser humano desde el comienzo mismo de su existencia y por eso aparece como el pan indispensable que el peregrino coloca en su alforja para afrontar su viaje, para asegurar su llegada.

En la metáfora de la vida como peregrinación, que el mismo Jubileo nos exhorta a meditar y encarnar, se distinguen tres elementos: el de la

[2] Así puntualiza Palumbieri: “esta autotrascendencia sin límites, por su estructura metafísica se esfuerza hacia la perfección del ser, que es su polo natural. En otros términos, la autotrascendencia llama a la Trascendencia como su *télos*”, *ibid,* 369

aceptación de lo que implica el viaje, el de la certeza del destino, el del encuentro y de la escucha de quienes comparten el viaje con nosotros.

Quien emprende una peregrinación, lo hace en forma de ofrenda y consciente de su propio cansancio, tiene en cuenta las asperezas y posibles desviaciones en el camino, pero tiene claro en sí mismo que el viaje, precisamente por ser peregrinación, exige un destino, no un deambular desencarnado o desordenado.

Esperar, pues, significa avanzar con certeza por el camino, sabiendo que es precisamente el camino el que lleva a casa, que no carece en absoluto de salida, sino que es inherente a la disposición del caminante para alcanzar la meta.

Traducida, pues, en términos operativos, la esperanza exige un aterrizaje seguro, lo indica y lo anticipa, porque lo presiente. En el pasaje de la revelación, es Cristo mismo el símbolo de la esperanza re-ofrecida y relanzada, convirtiéndose en parte indivisible del dinamismo de la esperanza. Sin Cristo, afirma el Aguinaldo, no hay anclaje en lugar seguro, quedamos a merced de las olas, de las tempestades que corren el riesgo de hundir nuestra existencia en las cosas materiales, en la confusión sobre los verdaderos valores, en todas aquellas realidades, en fin, que no parecen tener un lugar profundo.

Además, la esperanza no aparece en la experiencia humana como un dato privado o individualista. Esperar significa invocar un principio de comunidad, porque el horizonte de la realización humana no está desprovisto de la dimensión relacional, no puede darse sin una reciprocidad que sustente la esperanza misma. Por tanto, esperar significa avanzar juntos hacia una meta común, ya que el cristianismo no es excluyente, no elimina, no deja fuera a los demás, sino que se funda en la inclusividad. Por tanto, no se espera sólo para uno mismo, encerrado en el propio horizonte individualista, según el criterio de lo privado o del funcionalismo.

La esperanza que no defrauda, que no confunde, no es para unos pocos, sino para todos los que son capaces de esperar. Por tanto, no es una posesión o un bien para unos pocos privilegiados, sino que concierne y cuestiona el sentido de nuestra vida, de nuestro pasado, presente y futuro, y por tanto puede ser vivida por todo ser humano.

Este horizonte inclusivo hace que la esperanza sea también compartir y encuentro. En una peregrinación, uno tiende hacia lo absoluto, encontrando a sus compañeros de viaje a lo largo del camino. Esto hace que el viaje de la esperanza sea una oportunidad para experimentar la

comunidad. Al mismo tiempo, cada encuentro se expresa en la capacidad de escuchar al otro en su identidad irreductible, de asumir su historia, de testimoniarle que la esperanza no es algo dado, sino una tarea que hay que construir juntos. La aceptación pasa por el reconocimiento y la escucha. Y la esperanza se dinamiza en la historia cuando la practicamos en obras de humanidad sin reservas, sin utilitarismo.

La esperanza es, de hecho, gratuidad ofrecida a todo aquel que necesite reconocimiento, aceptación de su historia, de su frágil humanidad.

La esperanza es, pues, una dimensión del ser humano porque encarna, como hemos señalado, su capacidad de proyectarse más allá de su ser contingente y de superar los retos, los obstáculos que la historia personal y colectiva trae consigo. Sin embargo, la esperanza, en la medida en que se ejerce en el flujo de la existencia humana que se realiza en la historia, activa en la persona ese dinamismo que supera el sentido de contingencia de cada uno, su propio límite aparentemente intransitable.

Esto pone de relieve el papel de la esperanza también como impulsora de la victoria final sobre la muerte que representa el posible punto de no retorno para cada persona.

3. Diferencia entre esperanza y optimismo

A menudo oímos decir que la esperanza es lo mismo que el optimismo, que en realidad son la misma cosa, aunque con nombres diferentes. En realidad no es así, porque el optimismo se traduce con frecuencia en una especie de ilusión de que todo irá bien, como fue por ejemplo el mantra, al menos en Italia, repetido hasta la exasperación durante la pandemia.

En realidad, sabemos con datos fehacientes que no todo ha ido bien en absoluto, que muchos han muerto, que los pobres han crecido exponencialmente y que las consecuencias psicológicas han pesado y siguen pesando mucho sobre tantos jóvenes en el mundo.

En resumen, los hechos reales han desmentido el optimismo. De hecho, la historia ha derribado ese optimismo, revelando su falta de fundamento. El optimismo se activa a un nivel distinto que la esperanza, que forma parte de nuestra estructura de ser, se sitúa sobre todo en la zona psicológica de la persona. Ser optimista no es tener esperanza. La esperanza no surge de un fundamento desencarnado, del «pensamiento positivo», sino de una tensión hacia la plenitud que encuentra legitimidad y fundamento en la trascendencia. Quien es optimista tiene que enfrentarse a menudo con la decepción, con la falta

de la meta. El optimismo no tiene fundamento en alguien más allá de nosotros mismos, y no será un precursor con certeza de seguridad y llegada.

La esperanza y el optimismo pueden entonces parecer estrechamente relacionados, pero también presentan al mismo tiempo importantes diferencias en su significado y manifestación con respecto a la experiencia interior del sujeto.

De hecho, hemos visto cómo la esperanza aparece como una dimensión innatamente constitutiva del ser humano, que se manifiesta como una proyección hacia el futuro, ya sea entendida dentro del horizonte de nuestra existencia o lanzada hacia la trascendencia.

La esperanza habita en nosotros, porque nos es necesaria en nuestro camino hacia la autorrealización. Cuando nos enfrentamos a desafíos o incertidumbres, cuando podemos confiar y creer en la posibilidad de un aterrizaje salvífico, a pesar del desafío omnipresente del mal, la esperanza realiza su extraordinaria labor. Es una fuerza interior muy fuerte, tenaz, que nos sostiene para perseverar incluso en las circunstancias más difíciles, nos orienta para afrontar hasta la meta más ardua, la de la muerte, sin perder la fe en la vida auténtica, que en su declinación más alta coincide con la aspiración a la eternidad del ser. En definitiva, la esperanza no defrauda, según la conocida perspectiva paulina. *Spes non confundit*, dice la Bula de convocación de este Jubileo que se acaba de inaugurar, basándose en la frase paulina de Rom 5,5.

Spes non confundit significa precisamente, no defraudar, no desviar al peregrino en su viaje existencial del camino principal.

4. La esperanza como renacimiento de la vida ante el desafío último de la muerte

La muerte y la esperanza parecen estar profundamente ligadas. Esto se debe a que la muerte sigue siendo el punto más trágico y aparentemente sin retorno de la vida humana.

Hemos visto que la esperanza sostiene la peregrinación terrenal, ayudando y estimulando al caminante a ponerse de nuevo en camino, a confiar en el viaje, pero también a llegar a la meta.

Esto pone de relieve cómo la esperanza no es sólo un viático para el día a día, para superar los desafíos de la contingencia del tiempo, sino que también se convierte para el ser humano en un impulso hacia el más allá del propio tiempo. La esperanza se hace entonces necesaria tanto para afrontar el desafío del tiempo de nuestra vida, como el que concierne al más allá del

tiempo, y que es la muerte, que es el misterio supremo del itinerario existencial de la persona, su destino final.

Para comprender este dinamismo extraordinario que se extiende más allá de la vida, en relación con el cual la vida misma adquiere un sentido ulterior de aterrizaje, la esperanza exige entonces que volvamos con claridad consciente al dato evidente, aunque hoy sea tan tabú como siempre, que es el de la muerte. Para vivir el tiempo de nuestras vidas con conciencia, necesitamos asumir responsablemente el ineludible sentido de la muerte.

En esta dirección, la esperanza, en su especificidad más profunda, también se ve empujada más allá de la propia temporalidad humana. Nuestra vida está llena de límites ante los que el ser humano reacciona intentando superarlos. Es una serie de batallas siempre activas, operativas, pero sabemos bien que, aunque se ganaran todas las batallas que la vida nos tiene reservadas, la última palabra en la vida la tiene la muerte, que siempre parece, al menos como un hecho aparente, ganar la guerra final.

Aquí es donde entra entonces la esperanza como horizonte esencial de sentido de la vida humana. Si no tuviéramos la esperanza fundada de que nuestro ser no está destinado al fin de todo, sino a la plenitud, a la realización, nuestra vida adquiriría entonces un valor de contingencia y precariedad que desembocaría en la derrota del sentido. De hecho, el ser humano no fue creado para aceptar la pérdida de su ser, sino para alcanzar la autoconservación perfecta, para alcanzar la plenitud de su anhelo.

Podemos decir que existe en nuestra experiencia interior, una gran diferencia entre *deseo y anhelo*.

El deseo se estructura como el fin de la voluntad hacia la consecución de un bien a conquistar, pero que permanece meramente anclado a lo contingente. Por el contrario, el anhelo concierne al más allá del límite y de la historicidad y se mueve en dirección a la plenitud más allá de la muerte. El ser humano posee el anhelo de aquello que le da plenitud no según la cantidad, sino en eje con la calidad y la perfección.

Por eso esperamos la vida eterna de la que tenemos el anhelo, porque si no hubiera vida eterna, toda la existencia sería vana y basada en la acumulación de la cantidad de bienes que no ofrecerían ninguna solución para alcanzar la meta final.

Don Sabino Palumbieri vuelve a señalar que la experiencia del límite existencial humano, encuentra su más alto y arduo desafío en la suprema naturaleza trágica del acontecimiento de la muerte.

En la historia del pensamiento filosófico, el tema de la muerte se planteaba en términos del más allá de la propia muerte. Las preguntas eran básicamente: ¿qué hay después de la muerte? ¿Y cómo vive el hombre con el alma separada del cuerpo? Hoy, con la caída del pensamiento fuerte y la expansión del pensamiento débil - con el derrumbe de los valores a la pregunta: ¿qué valor tienen los valores? - el problema más urgente que se impone es el del sentido. Y, aplicándolo a nuestro tema, preguntamos: ¿cuál es el sentido de la vida, si su fin no tiene sentido? Si la muerte es la última palabra, y el hombre no puede derivar sentido ni de su segmento de existencia ni de la totalidad del universo y la historia, ¿de dónde puede derivarlo? Y en este marco, ¿qué valor tiene mi inestimable tensión de ser en relación con el imperio universal de la muerte? Y si no es la última palabra, ¿está el sentido de la vida ligado a la inmortalidad personal? ¿Y ésta, radicalmente, existe? ¿Y cómo debe interpretarse? ¿Cuál es el fundamento de su subsistencia?[3]

Como se deduce de estas reflexiones, las cuestiones fundamentales de los abismos del corazón se mueven en las profundidades de nuestra humanidad. En el paso del análisis de la estructura del ser humano a la reflexión espiritual y religiosa, la esperanza aparece conocida como una de las virtudes teologales, que fundamenta la confianza del creyente en la promesa divina, situándola en el horizonte escatológico de su existencia.

La esperanza en la experiencia de fe se orienta hacia la confianza en Dios y en su promesa de salvación y vida eterna. En otras palabras, los creyentes confían en que Dios cumple sus promesas y que la esperanza en Él da sentido y finalidad a su existencia. La esperanza actúa entonces como vínculo entre la fe y el amor, ya que una fe firme en Dios produce esperanza en su misericordia y en su amor incondicional que se manifiesta en la experiencia existencial como una certeza profunda y consciente, capaz entonces de cuidar no sólo la propia esperanza, sino también la de los demás.

Por eso, la esperanza puede verse también como un antídoto contra el nihilismo desesperado o el cinismo alienante tan frecuentes en nuestro tiempo, ya que invita a los creyentes a mirar al futuro con confianza y a perseguir el bien y la justicia, a pesar de las dificultades que el ser humano pueda encontrar en el camino. En la perspectiva antropológica, es ante todo un impulso para responder a las preguntas sobre el sentido último, tanto personal como colectivo. Como impulso que ayuda a superar la frontera

[3] S. Palumbieri, L'uomo meraviglia e paradosso, 361

intransitable que, de otro modo, cierra la existencia de cada persona sobre un dolor estéril y una desesperanza insuperable y pasivamente aceptada[4].

Entre los muchos pensadores que se han ocupado de la esperanza, sobre todo en el siglo XX, quisiera reflexionar brevemente sobre una posición emblemática, la de Gabriel Marcel, el filósofo por excelencia representante y portavoz de la esperanza.

5. La reflexión de Gabriel Marcel sobre la esperanza

Gabriel Marcel describe la esperanza como un dato fundamental del ser humano. La existencia se caracteriza por un sentido de misterio e incompletitud del que es icono peculiar la famosa imagen marceliana de la antropología del *Homo viator*, peregrino por los caminos de la historia bajo la apariencia de caminante consciente del lugar de desembarco, del camino que conduce a la meta. Es en este espacio de la existencia como metáfora de un viaje permanentemente *in fieri* donde Marcel se refiere a la famosa imagen del espacio metafísico de la profundidad del hombre como invocación:

> Se comprende, pues, cómo el interrogarse o cuestionarse se convierte, en el límite, en una apelación que es fundamentalmente el acto único de la conciencia religiosa y que tal vez nunca pueda convertirse sino de manera ficticia en una afirmación o enunciado. A esta experiencia siempre la he llamado «invocación» y su fórmula podría enunciarse así: tú que eres el único que posees el secreto de lo que soy y de lo que puedo llegar a ser[5].

Es evidente cómo la esperanza surge como respuesta a esta falta de plenitud. Surge como el viático de un peregrino que percibe la meta de la dirección, que es consciente de ella, pero con la necesidad constante de ser confirmado, sostenido en el cansancio del camino.

Marcel precisa a continuación: «Ciertamente, no se puede decir que la esperanza vea lo que será; pero afirma *como si lo viera*; se podría decir que extrae su autoridad de una forma de visión velada, oculta, de la que no puede gozar, pero en la que puede apoyarse [...] la esperanza apunta a la reunificación, a la reconciliación [...] es como una memoria del futuro»[6].

---

[4] confrontar para la cuestión del límite del ser humano S. Palumbieri, L'uomo meraviglia e paradosso.
[5] G. MARCEL, L'uomo problematico, Borla, Roma 1992, 61.
[6] G. MARCEL, Homo viator, Borla Editore, Leumann (TO) 1967, 61-65.

Esta *memoria del futuro* es, pues, la esencia del camino de esperanza del peregrino, porque es un dato profundo de la conciencia que consigue dar un sentido último a la historia personal de cada uno.

La esperanza aparece, así, como la capacidad del ser humano de ir más allá de lo inmediatamente presente y contingente, y de abrirse a horizontes desconocidos pero ya de algún modo interiorizados, impulsado por la búsqueda de sentido, autenticidad y plenitud.

En la perspectiva fenomenológica que Marcel, por tanto, valora y aplica ampliamente en sus escritos y reflexiones, la esperanza se considera una experiencia consciente e intencional.

Marcel analiza el enfoque antropológico de la experiencia de la esperanza, según el modo en que se manifiesta en la vida concreta de las personas. Y es indudable que la esperanza marceliana es inseparable de la experiencia del amor, porque esperar no significa, como hemos visto, esperar alcanzar la plenitud sólo en términos privados y singulares, sino teniendo siempre en cuenta la inclusividad que el otro pone ante mí como cuestión relacional.

Sería un engaño supremo esperar alcanzar la plenitud y sólo la plenitud, de manera autorreferencial y egoísta. Sólo en el verdadero *nosotros* se realiza el cumplimiento de la esperanza humana, que es precisamente inseparable del encuentro con el otro. Una de las frases más citadas de la bibliografía de Marcel es bien conocida, y aquí representa de hecho una didascalia perfecta de lo que pretendemos precisar: «Amar a un ser [...] significa decir que no morirás». Para mí, no se trata simplemente de una expresión teatral, sino de una afirmación absoluta. Aceptar la muerte de un ser es, en cierto modo, abandonarlo a la muerte»[7].

Parece evidente que el legado de Marcel referido a la esperanza está así fuertemente relacionado a la dimensión de la muerte, pero también a la del amor. La muerte, como acabamos de señalar, invocando en particular la reflexión de Palumbieri, parece ser el más alto desafío de la esperanza última, de la esperanza fundada. Si la muerte representara la última palabra de la existencia, implosionaría entonces por necesidad la dimensión humana de la esperanza.

Pero creer posible el fin del ser amado, rendirse al horror de dejarlo marchar sin poder oponerse, sería abandonar a la muerte al propio ser amado. Así pues, la esperanza es esa tensión hacia el más allá no sólo del

[7] *Ibi*, 171.

propio ser, sino también hacia el más allá del ser del amado. Amar significa, pues, esperar que el otro no sea tragado para siempre por la muerte, sino que continúe y prolongue su ser en plenitud y en lo mejor de sus propias posibilidades existenciales. En este sentido, conviene recordar aquí la célebre distinción de Marcel entre la *esperanza de.... y esperanza en...*, donde nos apoya de nuevo la esclarecedora reflexión palumbieriana:

> «Las esperanzas específicas podrían calificarse de relativas. La esperanza, en cambio, por los caracteres que hemos indicado, puede calificarse de fundamental. Se revela siempre como una victoria sobre la desesperación. Sólo puede haber esperanza cuando interviene la tentación de la desesperación; la esperanza es el acto por el que se vence activa o victoriosamente esta tentación»[8].

Las *esperanzas de,* en suma, se mueven en el orden de lo que es el horizonte cotidiano de las metas parciales. Cada uno de nosotros puntúa su día a la luz del deseo de la consecución de lo que nos parece necesario: *espero.... pasar un buen día de fiesta, espero... aprobar un examen, espero... descansar bien, etc.* Este horizonte que marca el tiempo de nuestra vida, sin embargo, no se detiene en la "esperanza de...", sino que invoca la "esperanza en..." como fundamento en el que todas las "esperanzas de..." encuentran su última razón de ser. Su lugar de aterrizaje de sentido que va más allá de la vida misma.

En efecto, sería deseable que todas las esperanzas parciales se realizaran en una existencia, pero si no tuvieran entonces un sentido y una salida hacia la esperanza fundada en Cristo que las hace a todas llenas del sentido de la trascendencia, esas esperanzas parciales perderían su fuerza y su sentido.

La relación, pues, entre desesperación y esperanza, parece sin duda muy profunda y sinérgica, porque la esperanza interviene para rectificar y reconducir la recta tensión de la persona hacia su fundamento último, hacia su destino último. Sin embargo, esto no parece automático ni se da por descontado. El dinamismo de nuestro ser exige siempre una opción decisoria, una toma de postura respecto a nosotros mismos. Afirma Palumbieri:

> Esta esperanza fundamental, que estructura el ser, necesita un ejercicio constante. En efecto, existe el riesgo, sobre todo en un mundo de inmediatismo, de que sólo se ejerza sobre esperanzas de tipo relativo. Y así,

[8] S. PALUMBIERI, L'uomo meraviglia e paradosso, 362. La frase citada en el texto de palmbieri es de g. marcel, *Homo viator*, 47

> esta estructura quedaría atrofiada en su potencial. Ahora bien, el ejercicio de la esperanza fundamental está siempre ligado a una experiencia de amor en la medida de su autenticidad. En resumen, la esperanza fenomenológicamente considerada, es la disponibilidad de una persona implicada hasta tal punto en una experiencia de comunión, como para desencadenar una tensión que va más allá de la pura racionalidad del saber y del querer, del puro descuento de la experiencia fáctica. Y abre la puerta a un tiempo de duración ilimitada, que hace estallar los circuitos del aprisionamiento habitual de lo terrestre, para dejar entrever un totalmente - Otro. Y de esto, toda experiencia de esperanza es una anticipación y un signo[9].

Según Marcel, la esperanza puede surgir aún con más fuerza, en los momentos de incertidumbre, fragilidad y desesperación, cuando el ser humano experimenta la quiebra del orden mundial o de sus propias expectativas. La esperanza se convierte así en una respuesta al sentimiento supremo de fragmentación y alienación, que es el de la posibilidad del fin definitivo del propio ser, permitiendo a la persona ser capaz de buscar un sentido de ulterioridad, de significado y de posibilidad de cambio.

En el pensamiento de Gabriel Marcel, la esperanza está estrechamente vinculada al concepto de *confianza creadora*, entendida como esa capacidad de comprometerse activamente en la búsqueda de sentido y autenticidad, a pesar de las dificultades e incertidumbres que la historia pone ante nosotros. Es la disposición a comprometerse en la existencia con responsabilidad y esperanza, abrazando la libertad de crear el propio sentido de la vida.

En resumen, en la filosofía de Gabriel Marcel, la esperanza es una respuesta a la falta de integridad y sentido de la existencia humana. Es la experiencia consciente e intencionada de buscar un puente de conexión, sentido y autenticidad en el contexto de los retos e incertidumbres de la propia vida. Así pues, la esperanza está vinculada a la confianza creativa, la capacidad de comprometerse responsablemente en la creación del propio sentido existencial y también de aplicarse a la posibilidad de construir sentido en la vida de los demás. Esperar, para Marcel, es enseñar a los demás a esperar en un fundamento humano que trasciende la vida misma.

---

[9] S. PALUMBIERI, *L'uomo meraviglia e paradosso*, 362. Respecto al tema de la *nostalgia del totalmente – Otro*, confrontar M. Horkheimer, *La nostalgia del totalmente Otro*, Queriniana, Brescia, 1972

6. Don Bosco, testimonio de esperanza

San Juan Bosco ejerció la esperanza, la testimonió y la irradió. En el Aguinaldo de este año, el Rector Mayor ha querido conjugar el tiempo jubilar de la peregrinación con el recuerdo de Don Bosco, que hace 150 años fundó las primeras misiones del otro lado del Océano, en Argentina, enviando salesianos jóvenes y voluntariosos, sin certezas ni garantías particulares en cuanto a medios concretos, pero fuertes en la esperanza, para construir el sueño de Don Bosco en nuevas latitudes. Quien parte hacia lo desconocido, pero con la fuerza de la esperanza, no queda desilusionado, no conoce el miedo a la pérdida. Esperar es, de hecho, como hemos tratado de subrayar, un acto de confiada conciencia de que el futuro encierra algo vivo y cierto, porque está injertado en la esperanza que es Cristo mismo.

Don Bosco fue un hombre de esperanzas contra toda lógica de humanas certezas. Se encomendó y confió toda su obra a María Auxiliadora, la madre que no abandona a sus hijos, que se anticipa a ellos en sus dificultades y necesidades. Don Bosco esperaba con los jóvenes y para los jóvenes bajo el manto de María Auxiliadora. No razonaba según la lógicas mediocres y terrenales, sino según el sueño de la profecía, de la visión que corroboraba y dirigía su obra desde el principio.

Es necesario hoy, en un mundo que parece ofrecer poco a nuestros jóvenes, un viento de esperanza bien fundada, de orientación hacia el futuro que lleva a casa. En las *Memorias* de Don Bosco hay una anécdota de un pequeño albañil que tiraba con enorme esfuerzo de un carro cargado más allá de su capacidad. No pudiendo tirar más, el muchacho se echó a llorar en una calle de Turín, y fue en ese preciso momento cuando Don Bosco, dándose cuenta, entró en acción. Dejó a sus compañeros y empezó a empujar él mismo el carro, devolviendo la confianza y el consuelo al pobre joven desesperado, aplastado por cargas físicas y metafísicas mayores que él.

Esta escena, tan fuerte en su sencillez y dramatismo, nos muestra la figura de la esperanza que Don Bosco testimoniaba concretamente, con celo y ardor hacia cada pobre de su tiempo, especialmente hacia cada joven. Nuestra época está llena de pobreza y carencias a muchos niveles. La pobreza lleva a menudo a la desesperación.

Los pobres de hoy, como los pobres de siempre, no son sólo los que no tienen, sino también los que no saben y los que no son. En este horizonte de complejidad y riesgo, tanto desaliento, tanta desorientación hunde sus

raíces en la historia, también hoy. El ejemplo de Don Bosco fue el de un santo que vivió no del presentismo, sino del sentido del futuro, invirtiendo toda su energía en asegurar la dignidad de sus jóvenes, a través de la educación en la virtud, y trabajando siempre en la toma de conciencia de la importancia de la libertad y del reconocimiento.

La experiencia en las cárceles fue emblemática en este sentido, porque le orientó hacia una opción de vida cada vez más clara, que hoy conocemos bien, porque hemos recogido y saboreado sus frutos.

La primera década del Oratorio fue una época fabulosa, como la llamaba Don Bosco, llena de signos tan extraordinarios que sólo podían ser narrados por los testigos de ese tiempo. Pero también Don Bosco experimentó el rechazo, la traición, la decepción y el abandono. Y sin embargo permaneció fiel a su proyecto, a su camino, porque cuando el destino es seguro, aunque a veces los fragmentos del camino parezcan rotos, el camino sigue llevando a casa. Y para realizarlo hace falta temeridad, como la llamaba Don Bosco, que presupone flexibilidad, fe en la presencia de Dios en el tiempo de la historia. Exige amor, porque el amor es valiente, se atreve, empuja. En él habitaba el presentimiento del futuro, intuía su anticipación, fomentaba su dinamismo interno con la planificación abierta, con la esperanza relanzada, con la audacia del corazón y de las manos trabajadoras. De este modo, el legado de Don Bosco se actualiza a la luz de los retos de hoy, y parece más necesario y urgente que nunca remitirse al antiguo Trinomio, pero siempre nuevo, porque siempre es aplicable a la luz del presente.

Lo que hace falta es una esperanza basada en la *profecía de los hechos*, una esperanza que devuelva el sentido a todo lo que es el mundo del hombre, que bien sabemos que es el único ser que se plantea las preguntas últimas, las radicales, a las que hay que responder a la luz de tantas urgencias, de los absurdos, del mal cada vez más arraigado, que a una mirada superficial podrían parecer el balance final, el punto de no retorno de la historia. Y sin embargo, un gran filósofo del siglo XX, Paul Ricoeur, nos dice que «el cristiano es el adversario del absurdo, es el profeta del sentido».

En este augurio de redescubrir la esperanza que no defrauda, el santo Don Bosco es hoy más que nunca para nosotros guía e inspiración para devolver sentido y dirección a nuestro camino, con la misma valentía de su corazón, con la misma ternura de sus gestos, con la misma tenacidad en testimoniar la esperanza no como una vana ilusión, sino como una realidad posible y por construir día a día, en los caminos del tiempo y de la historia de cada uno.

Muchas gracias

Beato PIER GIORGIO FRASSATI

Testimonio de Federica Baradello

Saludo

Buenas tardes a todos, me siento honrada de estar aquí y les agradezco que me hayan dado la oportunidad de encontrarme con ustedes y de reunir a dos figuras como Pier Giorgio Frassati y Don Bosco, que de diferentes maneras han acompañado mi camino de fe a lo largo de los años.

No soy una teóloga, ni una experta en la vida de Pier Giorgio, sólo soy una joven adulta, nacida en esta ciudad, consciente de que los turineses somos afortunados, porque nuestras calles han sido recorridas por los pasos de tantos hombres y mujeres que nos han mostrado una forma diferente de andar por el mundo, iluminados por el encuentro con el Evangelio.

Don Bosco, José Allamano, José Cafasso, Julia Colbert de Barolo son sólo algunos de los nombres que podríamos citar, y me gusta recordar entre ellos también a un joven beato, Pier Giorgio Frassati, quizá menos conocido, que pronto será proclamado santo, precisamente durante el Jubileo de los jóvenes: lo anunció el Papa Francisco en la audiencia general del 20 de noviembre.

Pier Giorgio

Vienen ustedes a abrir un año de camino «anclado en la esperanza», al hilo del mensaje que el Papa ha querido dejarnos para este año jubilar. ¿Qué puede decirnos la breve experiencia terrena del hijo de una familia acomodada de clase media que vivió hace cien años?

Pier Giorgio vivió en las primeras décadas del siglo pasado. Nació en 1901, en el seno de una familia adinerada muy conocida en la época: su padre, Alfredo, había fundado el diario *La Stampa* (aún hoy uno de los principales periódicos nacionales) y llegó a ser embajador en Alemania y senador del Reino de Italia. Su madre, Adelaide Ametis, era una pintora de talento, de carácter fuerte y principios intransigentes. De estas premisas podría haber nacido la historia corriente de un joven al que no le faltaba de nada y que podría haber aspirado a una vida igualmente rica y exitosa, de no haber fallecido muy pronto, con sólo 24 años.

Sus decisiones

Sin embargo, en su corta vida, Pier Giorgio tomó decisiones que pueden parecer sorprendentes.

Se matriculó en ingeniería de minas, una elección que hoy puede no parecernos tan extraña (incluso con visión de futuro), pero que para una familia adinerada de la época, sin duda lo era. Significaba elegir un trabajo de segunda clase, agotador y demasiado cercano al trabajo manual, por no mencionar que había que llevar adelante el negocio familiar, y que una licenciatura en Derecho habría sido mucho más útil.

Pero Pier Giorgio quería que su trabajo fuera algo más que un trabajo cualquiera: tenía que permitirle hacer algo por los últimos, y ¿quiénes eran los últimos trabajadores si no los mineros? Acosados, mal pagados, en lugares de trabajo sin medidas de seguridad, arriesgaban su vida cada día y a menudo quedaban discapacitados de por vida. Con un título de ingeniero, quizás podría haber mejorado la condición de algunos de ellos.

Optó por entrar en las casas malolientes y que carecían de higiene, hacinadas de gente (niños, ancianos, a veces incluso animales), que había aquí en Turín, en la zona del *Quadrilatero*, cerca de la Iglesia de la Consolata, justo enfrente, donde hoy vemos hermosos edificios renovados y podemos encontrar a jóvenes y adultos disfrutando de la movida del sábado por la noche.

En aquella época, la realidad era bien distinta: un barrio de inmigrantes donde las condiciones económicas eran extremadamente precarias. Y

Pier Giorgio no se limitaba a entrar en aquellas casas el tiempo estrictamente necesario para «hacer caridad», sino que se quedaba, escuchaba, consolaba, entraba en relación con aquellas personas aparentemente tan distantes de él. Cada viernes participaba en las rondas organizadas por la Conferencia de San Vincenzo y a menudo acudía al hospital del Cottolengo para visitar a los enfermos.

Tras luchar durante años en los libros de ingeniería para perseguir su sueño de servir a los pobres con su trabajo, abandonó esa profesión, y no por falta de fuerza de voluntad ante un examen no aprobado (una vez más). Cedió a la petición de su padre, complaciendo su deseo: hacerse cargo de la dirección de la empresa familiar, «*La Stampa*», el famoso periódico local. La petición ni siquiera vino en persona de su padre; prefirió enviar a uno de sus empleados a pedir a Pier Giorgio este sacrificio.

Antes, también había renunciado a declarar su amor a la chica que amaba, Laura Hidalgo, cuya condición social no era la adecuada para ser acogida en la familia de un embajador, senador del reino. A Pier Giorgio no le importaba nada el origen social de la que ya era su íntima amiga, pero no quería comprometer el ya frágil matrimonio de sus padres con una excusa más para la disputa.

Corría el año 1925. Su hermana Luciana acababa de casarse y ahora vivía en Holanda con su marido, y Pier Giorgio a veces se sentía solo en una familia cada vez más minada por los conflictos.

Sin embargo, ¡no estaba triste! En aquel año, el más difícil de su vida, que coincidiría con su repentina muerte por enfermedad, escribió a su hermana: «Queridísima, me preguntas si estoy alegre, ¿y cómo no podría serlo? Mientras la Fe me dé fuerzas, ¡siempre alegre! Todo católico no puede sino estar alegre: la tristeza debe ser desterrada de las almas católicas. La pena no es tristeza, que es una enfermedad peor que cualquier otra... El fin para el que hemos sido creados nos muestra el camino, sembrado aunque con muchas espinas, pero no un camino triste: es alegre incluso a través del dolor» (14 de febrero de 1925).

Creo que para vosotros en particular, que conocéis bien la «santa alegría» de Don Bosco, estas palabras están llenas de significado.

Opciones miradas con los ojos de la fe y de la esperanza

Aquí creo que todas estas opciones pueden parecer menos sorprendentes si las miramos con los ojos de la fe y de la esperanza. Porque Pier Giorgio se movía por el mundo como un joven laico enamorado de Cristo, con los ojos de la esperanza evangélica. Que no es una esperanza cualquiera: es una actitud fundada en la certeza de la resurrección que empuja a actuar, crea una urgencia de materializarse en el mundo a través de nuestras acciones. «Jesús me visita cada mañana con la Comunión, y yo se la devuelvo como puedo visitando a sus pobres»[10], respondió a un amigo que le preguntó si no había algo de utopía en esos ideales de su vida.

Frente a una de esas casas malolientes, Carlo Florio, otro amigo voluntario, también en San Vincenzo, le preguntó: «¿Cómo se vence la repulsión?». «No olvides nunca», respondió, «que aunque la casa sea sórdida, te acercas más a Cristo. Recuerda lo que dijo el Señor: el bien que se hace a los pobres es un bien que se me hace a mí»[11]. Hay en Pier Giorgio esta urgencia de dar testimonio tangible con la propia vida de la Esperanza descubierta en el encuentro con Cristo. Fe y acción en la caridad están inseparablemente unidas, una consecuencia de la otra.

Testimonio de esta tensión por la acción en la adhesión al mensaje evangélico son las numerosas «fichas» de los grupos a los que se había adherido y que, en formas y lugares diversos, le permitieron encontrar a tantas personas para las que podía convertirse en testigo de esperanza: además de San Vicente, estaban la FUCI (Asociación Católica Universitaria), la Juventud Católica (entonces sección juvenil de la Acción Católica), el CAI y la "joven montaña", los grupos de adoración eucarística...

Y todas las personas que había conocido, en la asociación, en la universidad, en sus hogares pobres, en las calles, en el Cottolengo, eran para él un encuentro diario con Cristo. También para ellos debía estar claro que este joven de buena familia no actuaba para «lavar su conciencia», porque el día de su funeral la calle y la plaza delante de su iglesia parroquial estaban llenas de gente de todas las clases

[10] A. Cojazzi, Pier Giorgio Frassati, SEI Editrice, Torino, 1929
[11] Luciana Frassati, *Mi hermano Pier Giorgio*, La Caridad, Effatá Editora, Cantalupa 2013, 42-43

sociales: gente incluso demasiado humilde para entrar en la iglesia junto a las autoridades locales, que presentaban sus respetos al hijo del senador, pero demasiado cariñosa para no estar allí para darle el último adiós. Realmente había sabido hacerse cercano a ellos y ser para ellos un signo de esperanza.

Pier Giorgio murió a los 24 años, en pocos días, de poliomielitis fulminante, probablemente contraída al visitar a pobres y enfermos. Uno de sus últimos gestos fue escribir una nota para un cohermano de San Vicente, recomendándole que entregara unas medicinas para una familia que las esperaba y la póliza de un prestamista para que fuera renovada en beneficio de otra familia.

Gozo profundo

Este «camino sembrado de muchas espinas», del que hablábamos antes, no le quitó hasta el final la profunda alegría sembrada en su corazón por el encuentro con el Señor: sabía que le conduciría al jardín de las «rosas sin espinas», podría haber dicho Don Bosco.

Creo que las opciones que os he mencionado son signos tangibles de que Pier Giorgio Frassati vivió bajo el signo de esa «verdadera esperanza, anclada en el Señor», que, como escribió el Rector Mayor en la presentación del estrenna de este año, «no sucumbe ante las dificultades porque está fundada en la fe y alimentada por la caridad». De este modo – añadió – podremos continuar por el camino de la vida, no sólo sobreviviendo, sino viviendo con autenticidad cristiana»[12].

Palabras de Pier Giorgio

Para despedirme quiero leerles algunas palabras más de Pier Giorgio, tomadas de una carta escrita a un amigo, Isidoro Bonini, en febrero de 1925:

> «Cada día comprendo mejor qué gracia es ser católico. Pobres desgraciados los que no tienen Fe: vivir sin una Fe, sin un patrimonio que defender, sin sostener la Verdad en una lucha continua, no es vivir sino pasarla bien. No hay que pasarla bien sino vivir, pues incluso a

[12] Card. Ángel Fernández Artime, Rector Mayor SDB, Presentación del Aguinaldo para el año 2025, "*Anclados en la esperanza, peregrinos con los jóvenes*".

través de cada desilusión debemos recordar que somos los únicos que poseemos la Verdad, tenemos una Fe que sostener, una Esperanza que alcanzar, nuestra Patria. Y así desterrar toda melancolía, que sólo puede existir cuando se pierde la Fe. [Las penas humanas nos afectan, pero si son vistas a la luz de la Religión y por tanto de la Resignación, no son dañinas sino saludables porque purifican el Alma de las pequeñas pero inevitables manchas con que muchas veces nos manchamos los hombres debido a nuestra mala naturaleza]. En esta Santa Cuaresma, elevemos nuestros Corazones y siempre adelante para el triunfo del reinado de Cristo en la Sociedad (a Isidoro Bonini, 27 de febrero de 1925)».

Me apetece, para terminar, apropiarme de este saludo, dirigido a uno de sus amigos más queridos, pensando en el año que comienza: «Levanten los Corazones y siempre adelante para el triunfo de la Esperanza de Cristo en la Sociedad». ¡Feliz viaje, hacia arriba!

Federica Baradello

MISIÓN Y FAMILIA SALESIANA

Mons. Cristóbal López, cardinale arcivescovo de Rabat

Saludo

Me siento muy honrado de haber sido invitado a participar de estas Jornadas de Espiritualidad de la Familia Salesiana. Ya estuve en las de 1987 y en las de 2011, así es que ésta es para mí la tercera participación, y ya se sabe que, según dice el refrán, "a la tercera va la vencida".

La ocasión y el tema me tocan muy directamente: el 150 aniversario de la primera expedición misionera de la Congregación Salesiana me concierne directamente como salesiano y como misionero.

La expansión misionera de los Grupos de la Familia Salesiana desde 1875 a nuestros días

Otros os habrán informado mejor que yo de la cantidad de salesianos religiosos que han formado parte de una de las expediciones que se han realizado en este siglo y medio que va desde el 11 de noviembre de 1875 hasta nuestros días. Son ciertamente bastantes miles de hermanos sacerdotes, clérigos y coadjutores los que han partido, generalmente desde los países del hemisferio norte, para trabajar generalmente en países del hemisferio sur, tendencia que en las últimas décadas ha cambiado notablemente. A esos varios miles de religiosos de Don Bosco habrá que añadir las Hijas de María Auxiliadora y otros muchos miembros de la Familia Salesiana que también han participado del sueño misionero de nuestro fundador, así como todo el movimiento de voluntariado juvenil, tan desarrollado especialmente después del Concilio Vaticano II.

Sería interminable hacer la lista de todo lo que los misioneros salesianos han hecho en el mundo entero a lo largo de estos 150 años.

—Han educado, ciertamente, han enseñado todas las materias académicas y a todos los niveles, han fomentado el deporte, la música, el teatro y el arte en general.

—Han bautizado y catequizado y celebrado todos los sacramentos; han promovido actos de piedad de todo tipo y han construidos capillas, templos, iglesias y catedrales.

—Han fundado también dispensarios, centros de salud y hospitales, escuelas, colegios y universidades, centros culturales y sociales, escuelas agrícolas en las que han cultivado la viña, todo tipo de cereales, frutas y hortalizas y desde las que han lanzado la producción de vino y licores, de aceite y aceitunas, toda clase de confituras y mermeladas, queso, verduras y legumbres.

—Y en escuelas de formación profesional y talleres han fabricado imágenes religiosas que han sido y son auténticas obras de arte, muebles, variados artilugios mecánicos, eléctricos y electrónicos, así como también han incursionado en la informática. Han trabajado en sastrería, cerrajería, plomería.

—Han publicado libros de todo tipo: antropología, geografía, teología, historia, poesía, ciencias. Han organizado editoriales y centros de radiodifusión.

—Han construido casas y barrios enteros, han fundado ciudades, han abierto caminos y calles, han instalado sistemas de distribución de agua y centrales eléctricas, pistas de aterrizaje y auténticos aeropuertos, creando miles de puestos de trabajo de todo tipo, en cooperativas y en fábricas.

—Han organizado granjas de producción de vacas, novillos y búfalas; cerdos, patos, pavos, pollos, gallinas ponedoras, avestruces, conejos, ovejas y cabras. He conocido también una casa salesiana que fabricaba industrialmente ropa interior masculina, cuya marca era el apellido del ecónomo inspectorial.

En resumen: habría que preguntarse más bien qué es lo que no han hecho los misioneros salesianos. Pero la pregunta que surge después hacer este recorrido por las múltiples actividades desarrolladas es: ¿era esta su misión, consistía el ser misionero en

hacer todas estas actividades? ¿Qué podemos descubrir en ellos bajo esta multiplicidad de acciones educativas, pastorales, sociales y culturales?

LOS SIETE ERRORES CAPITALES A EVITAR EN RELACIÓN A LA MISIÓN

PRIMER ERROR: Confundir misión con actividades misioneras o apostólicas. *La misión es amar*.

La misión no es ninguna de esas actividades tomadas aisladamente. La misión no es educar, ni catequizar ni comunicar; no es administrar sacramentos, celebrar actos de culto y organizar actividades religiosas; no es dar de comer y beber, construir casas o curar enfermos, enseñar religión o cualquier otra materia, crear puestos de trabajo o acoger niños abandonados. Todas y cada una de estas actividades pueden ser parte de la misión, pero no son la misión.

La misión es amar; la misión que define al salesiano consiste en ser signo y portador del amor de Dios a los jóvenes. Las Hijas de María Auxiliadora se definan casi con las mismas palabras. El salesiano hace todas esas -y más- actividades como una expresión del amor de Dios hacia la humanidad, que para nosotros se concentra en la juventud. A través de todo lo que hacemos, los jóvenes deben ser amados y sentirse amados… y descubrir que es Dios quien les ama, en nosotros y a través de nosotros.

¿Ha sido siempre así? ¿Hemos respetado la distinción entre el fin y los medios… o nos hemos quedado atrapados en los medios sin llegar al fin?

Primera conclusión, pues: Afianzar fuerte y claramente, en nuestra mente y en nuestro corazón, que nuestra misión es amar: signos y portadores del Amor de Dios a los jóvenes.

A fin de cuentas, en el juicio final se nos juzgará sobre el Amor; un amor concretado en obras de misericordia, ciertamente. Pero si esas obras no tienen su origen y fundamento en el amor, no sirven de casi nada. La Familia Salesiana no puede limitarse a ser una gran ONG: debe ser una multinacional del amor, de la ternura, de la misericordia y de la solidaridad. Debemos ser punta de lanza en la construcción de la civilización del amor.

El llorado obispo Pedro Casaldáliga había escrito estos cuatro versos: “Al final del camino me dirán: “¿Has vivido? ¿Has amado?” Y yo, sin decir nada, abriré el corazón lleno de nombres.

¿Podremos nosotros también cerrar la boca y abrir nuestro corazón, mostrándolo lleno de nombres, de personas a las que hemos amado?

SEGUNDO ERROR: Amar buscando recompensa, retorno o reciprocidad. *El amor de Dios no es recíproco, sino transitivo; es gratuito, incondicional y expansivo. Así debe ser el nuestro.*

San Juan (1 Jn 4, 11) dice: “Queridos, puesto que Dios nos ha amado así, nosotros también debemos…” Y la conclusión lógica de esta frase sería: “Nosotros también debemos amarle a Él”, ¿no es cierto? Y sin embargo no es así: “Si Dios nos ha amado así, nosotros debemos amarnos los unos a los otros”.

Yo expreso esta afirmación con estas palabras: “el amor de Dios no es recíproco, sino transitivo”, utilizando términos gramaticales.

Hemos de estar muy atentos a no hacer de nuestra acción misionera, educativa, evangelizadora… una ocasión para compensarnos afectivamente, para ser amados, estableciendo una relación de inversión-retorno: “amo para que me amen, con la esperanza de ser amado, con la exigencia de ser correspondido, exigiendo la reciprocidad…”.

La reciprocidad en el amor es deseable, pero no exigible. Sólo el amor matrimonial debe ser recíproco, pero no por obligación, sino por voluntad y decisión libre. Los demás amores deben ser como el de Dios: incondicional, gratuito. Dios es Amor y no necesita nuestro amor; nuestro amor no le añade nada; pero Él quiere que le amemos porque eso es bueno para nosotros. Nosotros queremos que los jóvenes nos amen, porque eso es un indicador de que han aprendido a amar… y que extenderán ese amor aprendido a todas las esferas de su experiencia de vida.

Amar como Dios nos ama, he aquí una segunda conclusión. ¿Y cómo nos ama Dios?

—*Preventivamente*, dando el primer paso: “En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero”. Dios siempre nos “primerea”, dice el Papa Francisco usando el argot porteño.

—*Incondicionalmente,* sin exigencia de respuesta, sin caer en comercio o trueque.

—*Hasta dar la vida:* Dios amó tanto al mundo que le envió su Hijo, no para condenarlo, sino para salvarlo. Y en Cristo, Dios nos ama hasta dar la vida.

—*Con ternura, compasión y misericordia*. “El Señor es clemente y misericordioso, el Señor es bueno con todos, cariñoso con todas sus creaturas”, nos dice el Salmo 144.

Ser misionero es, por tanto, amar, y amar como Dios nos ama. ¿Nos sentimos amados por Dios, impregnados de su amor? ¿Hemos hecho la experiencia de ser y sentirnos amados? Sin dicha experiencia, es casi imposible ser misioneros; nadie da lo que no tiene; no podemos testimoniar o significar lo que no hemos experimentado.

TERCER ERROR: Creer que ser misionero es cosa de especialistas y gente extraordinaria. *Todos somos misioneros.*

Me parece estar leyendo el pensamiento de muchos que dirían: “Pero esto de amar es cosa de todos, no sólo de los misioneros; si la misión es amar, entonces todos somos misioneros.

Efectivamente, esa es una buena conclusión, es la conclusión correcta. Todo cristiano es misionero. Y durante siglos hemos cometido el error, en el que ya no deberíamos caer, de considerar que misionero es solo aquel ser extraordinario, que dotado de una valentía, audacia y coraje inconmensurables, abandona su familia, su tierra y sus amigos para ir a tierras lejanas (del hemisferio sur), tierras inhóspitas, salvajes y peligrosas a lidiar con seres también ellos salvajes y peligrosos que viven en las tinieblas del error y de la mentira y a los cuales los misioneros, exponiendo su vida, aportarán la luz de la verdad. Caricaturizo un poco… pero no demasiado.

Sí, todos los cristianos somos discípulos-misioneros. Discípulos de un Maestro al que seguimos y del que aprendemos, imitándole e

identificándonos con Él; y misioneros de su Reino, enviados por Él para ir por todo el mundo.

¿Somos conscientes de que nuestra vocación cristiana es vocación misionera? ¿Nos consideramos y nos sentimos misioneros allí donde estamos? ¿Comprendemos que el ser misionero no depende de si somos laicos, religiosos o sacerdotes? ¿Entendemos ahora lo que el Papa ha repetido tantas veces de que la Iglesia debe ser una Iglesia en salida, misionera… y, por tanto, también cada cristiano debe serlo?

CUARTO ERROR: Ligar la misión a la geografía. *Somos misioneros allí donde estemos, en todas partes y en todos los ambientes.*

Si toda la Iglesia es misionera, si todo cristiano es misionero, entonces tendremos que dejar atrás el concepto de misiones unido a zonas geográficas. Fue un escándalo en los años 50 un libro titulado "Francia, ¿país de misión?" ¿Cómo se iba a afirmar eso de la hija predilecta de la Iglesia? Francia enviaba, como España, Italia y otros países europeos, miles de misioneros, centenares cada año. Y Francia estaba bautizada y evangelizada.

Ahora nos damos cuenta de que tenía razón el autor. Y no sólo Francia: también España, Italia y cualquier otro país. Se acabó el esquema que divide los países en misioneros y misionados, en evangelizadores y en proceso de evangelización, en ricos en la fe y paganos idólatras y heréticos.

El ser misionero no está ligado a una geografía concreta: todos necesitamos evangelizar y ser evangelizador, enviar y recibir misioneros: del norte al sur, como ha sido siempre, pero también del sur al norte; de los países ricos a los pobres, pero también de los pobres a los ricos. Eso ya está sucediendo.

Hay que florecer allí donde el Señor nos planta. El que no es misionero en su tierra, en su ciudad, en su familia… tampoco lo será aunque se desplace 10.000 kilómetros. Ser misionero siempre y en todas partes.

QUINTO ERROR: Creer que ser misionero en otro lugar no tiene sentido. *La misión es cosa de todos, pero cada uno la vive*

diferentemente según el llamado del Señor, la sensibilidad personal y las circunstancias de la vida.

Si todos somos misioneros, si debemos serlo allí donde estamos, entonces, ¿ya no tiene sentido el ir a otro país?, ¿y por qué entonces se siguen haciendo expediciones misioneras, voluntariado internacional y todas esas cosas?

Porque la fe cristiana, y su dimensión misionera, es esencialmente una llamada a compartir, es difusiva y es católica. Para que a ninguna Iglesia local, para que a ningún cristiano en particular, se le olvide que ella o él es misionero, es necesario que haya algunos que nos recuerden que la fe se comparte, que todos somos enviados, que somos católicos, que la unidad se construye a partir de la diversidad.

Pero sería un pecado mortal, en el que hemos caído, que la existencia de algunos misioneros apagase la vocación misionera en la mayoría; los misioneros que van a otros lugares (misión ad gentes) no nos suplantan, no nos eximen de ser nosotros misioneros en casa; y los misioneros que llegan a nuestras latitudes no vienen para adormecer nuestra responsabilidad, ¡¡¡sino para despertarla!!!

Se acabó la idea de misión como acción del norte sobre el sur, de occidente sobre oriente; ahora el oriente (India, Indonesia, Timor, Filipinas, Indonesia y otros países) son misioneros en los otros continentes; y Africa y América son misioneros en Europa. Todos en todas partes.

Los países occidentales del norte, ¿aceptamos con alegría y gratitud a los misioneros que vienen del sur y de oriente?

SEXTO ERROR: 6.-Creer que la Misión consiste en implantar la Iglesia. *La misión es anunciar, testimoniar y adelantar el Reino de Dios.*

El concepto de misión que hemos manejado durante siglos estaba centrado en la idea de “implantar la Iglesia” allí donde no existía, o reforzarla y agrandarla donde todavía era débil y pequeña. Y para ello, antes había que desbrozar el terreno, es decir, deconstruir, como ahora se dice modernamente; dicho más brutalmente, hacer

tabula rasa de lo que existía, de lo que nosotros considerábamos -y quizá lo eran. Idolatrías, de las religiones naturales y autóctonas, de la experiencia religiosa de los pueblos, culturas y personas.

Y cuando el campo estaba debidamente desbrozado y arrasado, entonces nosotros construimos la iglesia, la verdadera iglesia. Y empezaba la carrera de las conversiones, la estadística de los bautismos, la pasión por la sacramentalización... No es que no se tenga que hacer todo eso, pero no es esa la misión. La misión consiste en anunciar, testimoniar y adelantar el Reino de Dios.

Jesús no vino a fundar una Iglesia, sino a anunciar e inaugurar el Reino de Dios. “Está cerca el Reino de Dios: convertíos y creed la Buena Noticia”. “Buscad primero el Reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura. Y fundó la Iglesia no como fin, sino como medio, como instrumento al servicio del Reino, como signo ya inicial de la realización de ese Reino.

Por eso la Iglesia es servidora del Reino, como María es la servidora del Señor.

El Papa resume esta verdad diciendo que la Iglesia no es autoreferencia, es decir, la Iglesia no es referente para sí misma, no debe estar mirándose el ombligo, no trabaja para ella misma: mira al Reino, trabaja para el Reino y lo tiene como referente, como horizonte utópico movilizador. La Iglesia no se agacha para auto - mirarse, sino que alza la cabeza y mira al frente y a lo lejos; nunca se detiene porque nunca ha llegado, siempre hay un más allá.

La Iglesia, y el cristiano en ella, trabajo por construir un mundo de paz, de justicia y de libertad; de vida, de verdad y, sobre todo, de amor. Y esto lo hace no contra las otras religiones ni contra nadie, sino con todos los creyentes y todas las personas de buena voluntad.

La Iglesia no está en concurrencia ni en competencia con nadie, no tiene como objetivo ocupar todos los lugares, eliminar a todos los que no son cristianos y conquistar a todas las personas para que vengan a engrosar nuestras estadísticas. La Iglesia quiere sumar y sumarse, suscitar colaboración, aunar fuerzas, compartir su fe en el Señor, ser signo y testimonio del amor de Dios y de la resurrección de Jesucristo.

¿Tenemos claro que todo esto da sentido al llamado diálogo ecuménico e interreligioso? ¿O más bien vivimos todavía con una mentalidad de competencia y conquista del otro? ¿Hemos caído en la cuenta de que cada día pedimos que "venga a nosotros tu Reino" y no que "la Iglesia se agrande"?

Ya Benedicto XVI decía que "la Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción, por testimonio". Y el Papa Francisco, en la visita que nos hizo a Marruecos, nos decía: "El problema no es ser pocos, sino ser vacíos de significado; el problema sería ser sal que ha perdido el sabor del Evangelio o ser una luz que ya no ilumina nada"

Un juego de palabras puede resumir todo esto y ayudarnos a evitar este sexto error: "No es que la Iglesia tiene una misión, sino que la Misión tiene una Iglesia". Sí, primero fue la misión y después la Iglesia, fundada y nacida al servicio de la Misión, que es el Reino.

Esto no quiere decir que debamos desentendernos de la Iglesia y no tenerle el debido aprecio, o la preocupación porque sea una digna Esposa de Cristo, no. Pero debemos colocar cada cosa en su lugar: el fin es fin y el medio es medio. Quizás debemos ser más "reinocentristas" que "eclesiocentristas"

SEPTIMO ERROR: Creer que nosotros somos los primeros misioneros. *El primer misionero es el Espíritu Santo*.

Antes de que el primer misionero llegue a un país o a un territorio determinado, antes de que un cristiano ponga el pie en tal o cual lugar, desde siempre el Espíritu Santo ha estado allí vivo y actuante.

Entre los utensilios del misionero no está la jaula donde está enjaulada la paloma del Espíritu Santo. Él nos ha precedido, y ha trabajado la persona de aquellos habitantes a los quizás nosotros hemos dado el nombre de salvajes y de los que se llegó a dudar y discutir de si tenían o no alma; el Espíritu Santo ha trabajado las sociedades y las culturas, los sentimientos y las expresiones religiosas. El Espíritu Santo es el protagonista de la Misión. Por eso no todo es malo en lo que encontramos, no todo ni mucho menos es fruto del diablo, no todo es material a descartar, ideas a combatir o costumbres a cambiar.

Tampoco todo es santo y bueno; el trigo y la cizaña crecen juntos. Y si es necesario inculturar el Evangelio, no es menos necesario evangelizar toda cultura.

La primera pregunta que debe hacerse un misionero en un ambiente concreto es: *¿Qué signos de la acción del Espíritu veo y descubro en estas personas, en esta sociedad, en esta etnia, en esta cultura? ¿Qué semillas de la Palabra están ya sembradas aquí y qué frutos han dado? Y a partir de esos descubrimientos, más abundantes de lo que podríamos haber supuesto, anunciar la Buena Noticia y construir el Reino.*

RESUMIENDO Y ACABANDO:

- **POR EL BAUTISMO Y LOS OTROS SACRAMENTOS DE LA INICIACIÓN, TODOS SOMOS DISCÍPULOS-MISIONEROS DE CRISTO Y SU REINO. COMO IGLESIA QUE SOMOS, DEBEMOS VIVIR AL SERVICIO DE LA MISIÓN SIEMPRE Y EN TODAS PARTES.**
- **LA MISIÓN, QUE CONSISTE EN ANUNCIAR Y ADELANTAR EL REINO DE DIOS, SE CONCRETIZA, PARA NOSOTROS SALESIANOS, EN AMAR Y EN SER SIGNOS Y PORTADORES DEL AMOR DE DIOS A LOS JÓVENES.**
- **LA IGLESIA, SERVIDORA DE SU SEÑOR Y SU REINO, ES CATÓLICA, NO AUTOREFERENCIAL, Y QUIERE COMPARTIR Y TESTIMONIAR SU FE A TODOS LOS HOMBRES.**
- **LA FAMILIA SALESIANA, MISIONERA AL SERVICIO DE LOS JÓVENES, ACOGE Y CONSTRUYE EL REINO CON ELLOS Y ENTRE ELLOS.**
- **LAS EXPEDICIONES MISIONERAS SALESIANAS NO DEBEN ADORMECER, ALETARGAR O TRANQUILIZAR LA CONCIENCIA DE LOS QUE NO VAN A OTROS LUGARES COMO MISIONEROS AD GENTES, SINO QUE DEBEN DESPERTAR EN CADA UNO LA CONCIENCIA DE QUE TODOS SOMOS MISIONEROS ALLÍ DONDE ESTAMOS Y EL COMPROMISO DE VIVIR COMO TALES.**

NOTAS PERSONALES

Ancorati alla speranza
pellegrini con i giovani
Strenna 2025